

pátria que la de Esquines.—Toma la sentencia y lee.—
(*Lectura de la sentencia.*)

Por este decreto, ¡oh atenienses! condenásteis á la pena capital á unos embajadores, entre los cuales se encontraba Epicrates, ciudadano celoso, útil bajo más de un concepto, segun dicen los ancianos que le conocieron, demócrata sincero y uno de los que habian traído al Pueblo desde el Pireo. Pero nada de esto le salvó, ni debió salvarle. El que se encarga de funciones tan importantes, no debe ser íntegro á medias, ni prevalerse de vuestra confianza para descargar los más rudos golpes; y antes por el contrario, se impone el deber imperioso de no ocasionaros el más leve perjuicio por una falta voluntaria. Pues bien; si entre todos los delitos que han costado la vida á estos embajadores hay uno siquiera que los nuestros no hayan cometido, hacedme morir al instante. Escuchad: *Visto, dice la sentencia, que los diputados han obrado contra sus instrucciones.* El primer cargo versa sobre las instrucciones; ¿y podrá decirse que los nuestros no han violado las suyas? ¿No ordenaba el decreto que la paz habia de estenderse á los atenienses y á sus aliados? ¿No han excluido la Fócida? ¿No ordenaba tambien que se recibiese en cada ciudad el juramento de sus jefes? ¿Y no se han contentado con la palabra de los que les enviaba Filipo? ¿No prohibía igualmente toda conferencia particular con el Principe? ¿Y han cesado un momento sus negociaciones privadas?—*Visto que muchos de ellos resultan convictos de haber hecho falsos relatos al Consejo.* Estos se han atrevido á engañar al Pueblo, lo cual resulta probado por los mismos hechos, que es la más evidente de las pruebas, puesto que ha sucedido todo lo contrario de lo que anunciaron.—*Que han escrito imposturas.* ¿No las han escrito los nuestros?—*Que han engañado á nuestros aliados y admitido dádivas.* A la palabra engañado sustituir la palabra *esterminado*, y tendreis el cri-

men sangriento que han cometido. Respecto de las dádivas, habria que convencerles de que las han recibido, si acaso lo negasen; ¡pero los infames lo confiesan! Enviadles, pues, al suplicio.

¡Y qué, atenienses! Vosotros, hijos de los que pronunciaron esta sentencia; vosotros, entre quienes se encuentran algunos que se sentaban á su lado, habreis sufrido que á uno de los generosos autores de la restauracion popular, que á Epicrates se haya castigado con la pena de muerte; que poco tiempo hace se haya impuesto una multa de diez talentos á Trasíbulo, hijo del demócrata de este nombre, que condujo el Pueblo desde Phylé, y á uno de los descendientes de Harmodio y Aristogiton, de estos bienhechores supremos, que una ley agradecida admite á participar de vuestras libaciones en todos los sacrificios y en todos los templos, y que venerais lo mismo que á los héroes y á los Dioses; vosotros, repito, habreis visto á todos estos ciudadanos sufrir penas legales, sin que la indulgencia, la piedad, las lágrimas de sus hijos, niños aún, y cuyos nombres recordaban tanto desinterés y sacrificio, hayan podido librarles del castigo; y ahora os compadecereis del hijo de un Atrómetos, simple maestro de escuela, y de una Glaucotea, de una acompañanta de Bacantes, innoble oficio que en otra fué castigado con la muerte; os compadecereis de un hombre que está en vuestras manos, que es de una sangre tan vil, y que ni él, ni su padre, ni ninguno de su raza han hecho nada por la pátria. ¿Dónde están los caballos y las naves con que han contribuido al Estado? ¿Cuáles fueron sus campañas, sus cargos de coregas y sus demás empleos públicos? ¿Cuáles sus contribuciones, sus donativos voluntarios, sus peligrosos trabajos? De todos estos servicios, ¿han ofrecido nunca uno solo á la pátria? ¡Oh! Aun cuando los hubiesen prestado todos, la venalidad, la iniquidad de la embajada de Esquines le haria acreedor á la muerte. Pero si fué inútil ciudadano y

diputado pérfido, ¿dejareis impune su delito? ¿No recordareis las palabras del acusador de Timarco? «No espere-
mos nada, exclamaba, de un Estado sin energía para cas-
tigar á los culpables, de un Gobierno donde las súplicas y
los ruegos tienen más fuerza que las leyes. No os dejéis
enternecer por la ancianidad de la madre de Timarco, ni
por sus tiernos hijos, ni por nadie; pensad únicamente
que si desatendeis las leyes y el Gobierno, no habrá nadie
que se compadezca de vosotros para perdonaros esta fal-
ta.» Un infortunado ha sido muerto civilmente por haber-
se dispuesto á denunciar los crímenes de Esquines, ¿y de-
jareis sin castigo al criminal? Si Esquines creyó que los
ciudadanos culpables consigo mismos merecian tanto ri-
gor, ¿con qué pena hareis espiar culpas enormes cometi-
das contra la República, vosotros que juzgais sobre la fé
de vuestro juramento? «Juro, decia él entonces, juro que
la condenacion de Timarco será un ejemplo saludable para
nuestros jóvenes.» Pues bien; la suya corregirá á nuestros
hombres políticos que arrastran la pátria á los últimos
peligros, y nadie puede desconocer cuánto interesa reme-
diar este mal.

¡Las costumbres de vuestros hijos! No, ¡por Júpiter! no
fué este su objeto cuando se propuso perder á Timarco.
Las costumbres, ¡oh atenienses! se conservan por sí mis-
mas, ¡y ojalá nuestra ciudad no necesite nunca, para su
juventud, de reformadores tales como un Afobetos y un
Esquines! El motivo que impulsó á este fué el decreto de
muerte propuesto por Timarco en el Consejo contra todo
ciudadano que resultase convicto de haber mandado á Fi-
lipo armas ó aparejos navales. Voy á probarlo. ¿Desde
cuando Timarco dirigía al Pueblo sus arengas? Desde ha-
cía mucho tiempo. Pero durante este largo período, Es-
quines habia tomado parte en la administracion, sin que
jamás se indignase de verle en la tribuna, hasta su regre-
so de Macedonia y su dependencia mercenaria de Filipo.—

Lee el texto del decreto de Timarco. (*Lectura del decreto.*)

Así, pues, el que por vuestro bien propuso que se pro-
hibiese bajo pena capital enviar en tiempo de guerra ar-
mas á Filipo, sufrió una muerte civil; y el que entregó á
Filipo las armas de vuestros aliados se convirtió en acusa-
dor, declamando, con escándalo de la tierra y del cielo,
contra la prostitucion, asistido de aquellos dos cuñados
que no pueden nombrarse sin provocar el clamor público;
del infame Nicias, que se vendió á Cabrias en Egipto, y
del execrable Cyrebion, que se entregaba descaradamente
á los desórdenes de las bacanales. Pero ¿qué digo? ¡Esqui-
nes tenia ante sus ojos á su mismo hermano Afobetos; ¡Y
este dia fué, sin embargo, cuando todas sus palabras con-
tra los libertinos se precipitaban de sus lábios como un
torrente!

¡Cuán abatida tienen á nuestra República sus impos-
turas y su perversidad! Pasemos de aquí y detengámonos
sobre lo que todos sabeis. Antes, ¡oh atenienses! todos los
helenos aguardaban nuestros decretos; pero hoy somos
nosotros los que siempre andamos indagando las decisio-
nes de los demas pueblos. ¿Qué hacen los arcadios? ¿Qué
ordenan los anfictiones? ¿Dónde vá Filipo? ¿Ha muerto?
¿Vive todavía? Esto es lo que nos ocupa. Por mi parte no
es que Filipo viva lo que temo; sino que el horror á los
traidores y el deseo de castigarlos hayan muerto en el co-
razon de la República. Si recobrais vuestra energía, Fili-
po no ofrece nada que inspire miedo; pero el conceder en-
tre vosotros la impunidad á los que se prestan á ser asa-
lariados; el que muchos de vuestros oradores de crédito
hablen para defenderlos, cuando siempre ha estado prohi-
bido el obrar en beneficio del Macedonio, ¡hé aquí lo que
me espanta!

¿En qué consiste, Eúbulo, que en el proceso de Egesi-
lao tu sobrino, y últimamente en el de Trasíbulo, tio de
Niceratos, los cuales te llamaban en su ayuda, guardastes

silencio en el primer escrutinio, y lejos de pronunciar una palabra en su defensa al fijar la pena, rogastes al tribunal que te escusara de este trabajo? Y sin embargo, tú que no digiste nada en favor de tus parientes y de tus amigos íntimos, ¡vas ahora á hablar por Esquines! ¡por el mismo que cuando Aristofon acusaba á Filónico, comprendiendo además de su persona tu conducta en el Estado, se hizo coacusador y se fué al partido de tus enemigos! ¡Olvidas que fuiste el que, atemorizando al Pueblo, asegurabas que había que ir enseguida al Pireo, cobrar las contribuciones y aplicar á la guerra los fondos del teatro, ó aprobar la proposicion sostenida por Esquines y redactada por el infame Filócrates, cuyo resultado fué una paz ignominiosa: vé, pues, que te reconcilias con ellos cuando lo han arruinado todo con nuevos crímenes! En presencia del Pueblo has dirigido imprecaciones contra Filipo; has jurado, por la vida de tus hijos, que deseabas la pérdida de Filipo; y ahora, sin embargo, ¡vas á prestar tu apoyo á Esquines! ¿Cómo ha de perecer Filipo si salvas á los que se le han vendido? Denunciador de Merocles, que había exigido veinte dracmas á cada uno de los arrendatarios de las minas, y de Cefisofonte, al cual acusabas de sacrilego por haber entregado siete minas al Tesoro tres dias despues del plazo marcado, hoy no solamente no persigues, sino que pretendes se absuelva á los que han recibido dinero del Monarca, á los que confiesan este crimen, á los destructores de nuestros aliados, á culpables convictos y cogidos en flagrante delito. Estas son culpas terribles, culpas que requieren la más vigilante prevision, mientras que los delitos que persigues no tienen importancia ninguna. Vais á verlo.

¿No habia en Elide gentes que robaban el Tesoro? Es por lo menos muy probable que las hubiese. Y bien, existe allí uno solo que haya contribuido á la destruccion de la democrácia elidense? Ninguno. Cuando Olinto estaba

de pié, ¿no tenia tambien esta clase de ciudadanos? Creo que sí. ¿Y fueron ellos acaso los que ocasionaron la ruina de la ciudad? De ningun modo. ¿Creeis que Megara no ha tenido nunca ningun estafador, ningun concusionario público? Es imposible que lo creais, porque tambien allí ha penetrado el contagio de este mal. ¿Y pueden considerarse como los autores de los recientes infortunios de los megarenses? No. ¿A quién, pues, atribuir tantos atentados y tantos desastres? A los que se honraban con el titulo de huéspedes y amigos de Filipo; á los que tenian el mando de los ejércitos y la direccion de los negocios; á los que se creian destinados para dominar al Pueblo. Ultimamente, ¿no ha sido Peridaos acusado en Megara, ante los Trescientos de haber estado en la córte del Macedonio? Y Peteodoro, el ciudadano más distinguido por sus riquezas, por su nacimiento y por su prestigio, ¿no se interesó por él y contribuyó á que se le enviase con una mision para el Príncipe? ¿No se ha visto al primero volver en seguida á la cabeza de un cuerpo de tropas extranjeras, y al segundo introducir el desórden y la confusion por todas partes? Tan cierto es esto, que de todas las precauciones de la politica, ninguna hay más indispensable que la de evitar que un solo ciudadano adquiriera gran ascendiente sobre la multitud. Yo quiero que la condenacion y el castigo no dependan de una voluntad particular, sino que el acusado, segun que los hechos lo descarguen ó comprometan, encuentre aqui el fallo que merezca su conducta: esto mismo es lo que exige la democrácia. Las circunstancias hicieron poderosos á muchos ciudadanos de Atenas, entre los cuales se encuentran Calistrato, Aristofon, Diofanto y otros anteriores á estos. Pero, ¿dónde ejercian su dominio? Solamente en la Asamblea nacional. Hasta ahora ninguno de vosotros ha ejercido imperio sobre los tribunales, sobre las leyes ni sobre vuestros juramentos. No sufrais este acto de audácia en Eúbulo. Para que os pongais en guardia

contra una conducta tan depresiva, voy á hacer que se lea un oráculo de los Dioses que velan siempre por la conservación de Atenas más que nuestros gobernantes.—Lee el oráculo. (*Lectura del oráculo.*)

Tales son, ¡oh Atenas! las advertencias del cielo. ¿Estabas en guerra cuando te hablaba de ese modo? En este caso te aconseja que dirijas tu desconfianza contra tus generales, porque ellos son tus jefes mientras dura la guerra. ¿Estabas en paz? Entonces debes vigilar á tus ministros, porque ellos son tus guías, tus consejeros, y los que pueden perderte con sus decepciones. El oráculo dice á los ciudadanos: «Uniros estrechamente, á fin de que os anime á todos un mismo pensamiento y de que vuestra discordia no alegre y favorezca á vuestros enemigos.» ¿Y creéis, atenienses, que la condenación de un hombre que ha sido tan culpable para vosotros, causará alegría á Filipo? ¿No será más bien una causa de su disgusto? Cuando Júpiter, cuando Dione, cuando todos los Dioses os ordenan no hacer nada que pueda satisfacer á vuestros enemigos, os exhortan por esto mismo á castigar unánimemente á aquellos de quienes vuestros enemigos han recibido algun servicio. A unos y otros deben dirigirse los golpes de vuestra justicia: en el exterior á agresores insidiosos, y en el interior á los traidores que les sirven de agentes. Cada cual desempeña su tarea: los unos ofrecen su oro, y los otros lo reciben y defienden á quien les paga.

Una sola mirada basta para descubrir que no hay abuso más pernicioso y temible que el que permite á un ciudadano distinguido hacerse amigo de los que no gozan la confianza del Pueblo. ¿Por qué otros medios se ha hecho Filipo tan poderoso? ¿Cómo ha llevado á feliz término sus más grandes empresas? Comprando los intereses populares á los que traficaban con ellos; corrompiendo los primeros ciudadanos de los Estados libres; estos han sido sus medios. Pues bien, hoy depende de vosotros el inutilizar-

los; cerrad vuestros oídos á los defensores de la traición; hacedles ver que sobre vosotros no ejercen ningun imperio esos hombres que se alaban de ser vuestros amos; castigad al embajador que se ha vendido y que su castigo se haga público.

Justa será siempre vuestra cólera, ¡oh atenienses! si vá dirigida contra los hombres que hayan sacrificado á vuestros aliados, á vuestros amigos, y que hayan hecho perder las ocasiones favorables, que son ventajas decisivas para los Estados; pero más justos sereis aún, si castigais á Esquines. Colocado antes entre los ciudadanos que desconfiaban de Filipo, fué el primero, fué el único que viendo en este Príncipe un enemigo comun de los helenos, cambió, sin embargo, de bandera, hizo traición á sus filas, y de repente se declaró por Filipo. ¿No merecerá mil muertes? Le desafío á negar esta deserción. ¿Quién fué el que en un principio os presentaba á Iscandro como un enviado de vuestros amigos de la Arcadia? ¿Quién gritó que Filipo preparaba las cadenas de la Grecia y del Peloponeso, mientras que Atenas dormía? ¿Quién pronunciaba al Pueblo aquellos largos y magníficos discursos? ¿Quién hacía leer los decretos de Milciades y de Temístocles, y el juramento prestado por los jóvenes en el templo de Aglaura? ¿No era Esquines? ¿Quién os aconsejaba enviar embajadores hasta cerca del mar Rojo, porque Filipo tramaba la pérdida de la Grecia, de la cual debíais ser la Providencia y el apoyo? ¿No fué Eúbulo quien presentó el decreto? ¿No fué Esquines quien partió para la embajada del Peloponeso? El sabe bien los discursos que allí pronunció; y en cuanto al relato que hizo á los atenienses, los atenienses deben recordarlo.

Los calificativos de *bárbaro* y *exterminador* eran los que prodigaba á Filipo. «La Arcadia vé con gusto, os decía él entonces, que Atenas se despierta y se ocupa de la Grecia. Pero nada me ha indignado tanto como encontrar

á mi vuelta, á Atréstidas que volvía de la corte de Filipo, arrastrando consigo una treintena de infelices niños y mujeres. Lleno de asombro pregunté á un viajero que quién era aquel hombre y la gente que le seguía. Es Atréstidas, me dijo, que regresa con unos cautivos olintios que Filipo le ha regalado. Entonces me irrité, lloré y gemí por la suerte de la desventurada Grecia, espectadora impasible de semejantes infortunios. Mandad, pues, enviados á la Arcadia para acusar á los partidarios del Macedonio. Me han asegurado algunos amigos, que serán castigados si Atenas toma este asunto con empeño y si envía mandatarios con este objeto.»

Tales eran entonces sus palabras, ¡oh atenienses! palabras honrosas, palabras dignas de la República. Pero despues que hizo el viaje de Macedonia, despues que vió á ese Filipo, enemigo suyo y de la Grecia, ¿volvió á hablar del mismo modo? Segun su opinion, no debíais pensar en vuestros padres, ni recordarnos victorias, ni socorrer á ningun pueblo. Se irritaba ante la idea de concertarnos con los helenos para deliberar sobre la paz. ¿Os hacía falta el asentimiento de un extraño para terminar vuestros asuntos? Filipo era, ¡oh grandes Dioses! el más elocuente de todos los hombres, el más griego, el más ateniense; y sin embargo, añadía él, ¡hay en Atenas individuos bastante insensatos para no avergonzarse de injuriarle y de llamarle bárbaro!

Atenienses, ¿es posible que sin haberse vendido, un mismo hombre tenga la osadía de contradecirse así? ¿Es posible que despues del horror que le había inspirado Atréstidas con sus cautivos de Olinto, se haya convertido, gratuitamente, en el cómplice de un Filócrates, que había traído aquí olintios libres para hacer de ellos el juguete de su libertinaje? ¿De un Filócrates, tan conocido por sus desórdenes, que sin recordar ni una sola de sus repugnantes infamias, bastará decir que trajo mujeres

para que vosotros os figureis todo lo demas y compadezcáis á aquellas infortunadas, que Esquines no compadeció, y cuyo aspecto no le hizo llorar por la Grecia, reducida á ver ultrajarlas entre sus mismos aliados y por los embajadores que las debian proteger?

Este hombre tan culpable llorará ahora por sí mismo, y acaso os presente sus hijos para escitar vuestra compasion. A su familia, ¡oh jueces! opond con el pensamiento los hijos de tantos aliados, de tantos amigos que arrastran de país en país su indigencia y su desgracia, oprimidos por las cadenas de la esclavitud que Esquines les ha preparado, y no menos dignos de vuestra compasion que los de un padre tan traidor y criminal; opondles tambien vuestros propios hijos, á los cuales Filócrates y él, con su paz *perpétua*, han arrebatado hasta la esperanza. Que sus lágrimas os recuerden que teneis en vuestras manos al hombre que os estimulaba á enviar á la Arcadia representantes para acusar á los satélites de Filipo. ¿Pero quién piensa hoy en que vaya una comision al Peloponeso, á costa de grandes gastos y de las fatigas consiguientes á un largo viaje? Basta que cada uno de vosotros se adelante hasta esta tribuna para depositar en favor de la patria un sufragio justo y puro, contra el ministro que primero, ¡oh Dioses inmortales! no os citaba otra cosa que á Maraton, Salamina, batallas y trofeos, y que á su vuelta de Macedonia, cambiando súbitamente de lenguaje, os decía que no pensáseis en vuestros antepasados, que no habláseis de sus triunfos, que no defendiéseis ninguna República, que no deliberáseis en comun sobre los intereses de la Grecia, ¡faltando poco para que os estimulase á derribar vuestras propias murallas! ¡Consejos los más ignominiosos que jamás se ha tenido el atrevimiento de presentar á un Pueblo! Que se dirija á un hombre cualquiera, sea heleno ó bárbaro, esta pregunta: «De todos los países de la Grecia ¿hay uno solo que hubiese conservado su nombre y que es-